

Mas tranquilas sus ondas lisonjeras  
Besan blando las plácidas riberas.

Himnos de honor y cantos de victoria  
Entona el alma coro: «fué arrojado

El antiguo dragon; triunfo á María  
Cantemos, y á Jehová la eterna gloria.

¡Cuál fuiste despeñado,  
Astro de la mañana,

Del orbe juzgador! Tu fuerza impía  
Voló cual niebla vana;

Ya es reino nuestro el usurpado mundo;  
Arda en ira y furios el profundo.

«¿Quién como tú, Jehová? Tu nombre augusto  
¡Qué nombre igualará? dijo el querube;

*En alas de Aquilon al escondido  
Sólo me ensalzare, do reina injusto.*

*Venid; la oscura nube,  
Que lo oculta, rompamos;*

*Y á par de Dios, con mando dividido,  
El empuje rijamos.*

Tú, abaoth, hablaste, y no parecen,  
Y al tartaro lanzados enmudecen.

» ¡El impio! los coros celestiales  
Rebeló; de la tierra, fraudulento,

Destronó la inocencia. Se arrojaron  
Al mundo entónces los avernos males.

Ora el bando sangriento  
Devorar preparaban

La esposa de Jehová. Se disparon;  
No parece do estaban;

Júbilo y gozo al ángel; paz al suelo;  
Confesion de salud al Rey del cielo.»

Así en alegres cánticos resuena  
El coro celestial, habla María;

Pendiente el ángel de su voz suave,  
Calla y la mira. El firmamento enfrena

Su escondida armonía.  
El curso presuroso,

En el viento librada, para el ave;  
Y al mundo ya dichoso

En su amable beldad, noble y sencilla,  
La inocencia de Eden más pura brilla.

Y dice: «Huyó el tirano, alzada la frente,  
Hijos de bendición; prole escogida,

El largo lloro enjuga, á tí glorioso  
El Rey vendrá de la futura gente.

Por cuanto el sol despida  
Los rayos voladores,

Dominará con cetro poderoso.  
Los últimos tuores

No temais del querub. Dios ha vencido,  
Preparad los caminos á su Ungido.

» Descenderá de la inaccesible cumbre,  
Do con glorioso pié huella la esfera

El que del mundo las maldades lava.  
Nace, esperado sol; ya de tu lumbre

Brilla el alba primera,  
Al Todopoderoso

Plugo elevar á tanto honor su esclava;  
Yo del amor hermoso

Madre elegida soy; cantad, vivientes;  
El de mi seno nacerá á las gentes.

» El nombre del Cordero sin mancilla,  
Naciones, celebrad. Manso cordero,

Tú, de las huestes pérdidas estrago,  
Eres leon de Israel; tú lo acaudilla.

Fulmina, el monstruo fiero  
Á tus plantas rendido,

La opresa grey desatarás del lago,  
Y en tu sangre teñido.

Sangre, que sella el testamento eterno,  
Romperás los candados del Averno.»

Dice; y cual corren encendidas lumbres,  
Que exhaló al aire el sosegado cielo,

Y en los montes se pierden á deshora,  
Vuelta á ocultarse en las desiertas cumbres,

Que tu florido suelo,  
Palestina, rodean;

Do al Dios inmenso, que Salen adora,  
Mil víctimas humean;

Y olor de suavidad en densa nube  
De puro incienso ante su trono sube.

## VII.

## AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR.

Huyó del polo el Aquilon sombrío,  
Y el cielo, ya sereno,

Piadoso vierte el cándido rocío,  
Que ocultaba en su seno.

En tus entrañas, tierra, agradecida  
Recibe el dón fecundo,

Y la salud prodúcele y la vida  
Al angustiado mundo.

Florece, oh Terebinto, y de tus flores  
Brille la pompa ufana

Al desatar sus claros esplendores  
La plácida mañana.

Y de ellas el Aurora refulgente  
Orne sus manos puras,

Cuando hoy anuncie á la oprimida gente  
El sol de las alturas (1).

Corre alegre, oh Jordan, y en tus riberas,  
De Jericó las rosas

Embalsamen del aura lisonjera  
Las alas vagorosas.

El cedro inmenso la cerviz erguida  
Levante al alto cielo,

Y su aroma dulcísimo despida  
La cumbre del Carmelo.

Pasó la nieve del invierno triste,  
Y del Hermon la falda

Depone el hielo rígido, y se viste  
De carmin y esmeralda.

Albricias, Israel; ya compadece  
El cielo tu gemido;

Vuelve al benigno sol, que te amanece,  
El semblante afligido.

Mira el libertador, que de tu mano  
Y del cuello doliente

Romperá las cadenas, y al tirano  
Quebrantará la frente.

Alza del polvo; ya empezé tu Santo  
La lid y la victoria;

Y ciñete, oh Sion, el regio manto  
De tu esplendor y gloria.

Y convertida en gozo la amargura,  
Con festivas canciones

Convoca el universo, y su ventura  
Anuncia á las naciones.

## VIII.

## LA CONVERSION DE LOS GODOS

## EN EL REINADO DE RECARDO.

Cantemos al Señor. Desde la cumbre

Del alzado Pirene

Hasta el remoto mar, donde la lumbre

Del claro sol á sepultarse viene,

Al Hijo sacrosanto

Se exhala ya de adoracion el canto.

¡Pueblo feliz! Anuncia á las naciones

Que en el sagrado leño

Reina el Dios del amor: los corazones

Ya reconocen su triunfante Dueño,

Y el pérfido arriano

(1) LISTA corrigió abundante y esmeradamente en la edad madura esta y otras poesías sagradas, escritas en la mocedad, cuyo primitivo texto puede verse en el libro titulado *Poesías de una academia de letras humanas de Sevilla*; Sevilla, 1797.

Como por lo comun acontece, estas enmiendas, hechas friamente á deshora, dan en correccion ménos de lo que quitan en espontaneidad y lozanía. Sirva de ejemplo la presente estrofa, que en un principio fué escrita de este modo:

Y de ellas el aurora refulgente

Orne su frente pura,

Sin que el fiero aquilon ni el astro ardiente

Marchiten su hermosura.

(Nota del Colector.)

## IX.

## EL SACRIFICIO DE LA ESPOSA.

En la solemne profesion religiosa de la madre sor María Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, en el monasterio de Santa María de los Reyes de Sevilla.

«Nuestro lecho florido,  
De cuevas de leones enlazado,  
En púrpura teñido.»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Al ara sacra del amor divino

Un nuevo corazon de nueva esposa

Vuela feliz; ¡qué lumbre deliciosa

Rompe del cielo el muro diamantino?

Pura llama, descende;

Desciende, oh llama del amor triunfante.

¡No veis, no veis cuál prende

En la víctima el fuego devorante?

¡No veis, ya consumida,

Cuál renace en el gremio de la vida?

Se aceptó la oblacion. Del alto cielo

Mira Jehová con divinal agrado

La esposa, que siguiendo al Hijo amado,

Toda fe, toda amor, se roba al suelo.

¡Oh, cuál brilla en su frente

La corona nupcial! ¡Cuál en sus manos

El anillo luciente!

Léjos, léjos de aquí, viles profanos;

Dios, Dios.... de su presencia

Llena está la mansion de la inocencia.

¡Mansion de dulce paz, donde domina

Virtud sencilla en puros corazones,

Y desplega sus blancos pabellones,

Reina del bien, la caridad divina!

Aquí entre abrojos crece

La rosa virginal; lirio profundo

De casto olor florece;

Y al ver manando en crímenes al mundo,

Gemidos sin consuelo

La penitencia exhala al justo cielo.

O bien la esposa conmovida entiendo

La voz suave del Esposo santo,

Y de gozo y loor el dulce canto

De sus amantes labios se desprende;

Y en la mortal criatura,

Al ver su amor angélico emulado,

De la celeste altura

La escucha el serafin arrebatado;

Y á su gemido tierno

Une los himnos del hosanna eterno.

Entra ya, dulce esposa. El mundo impio,

Que ignora la virtud, gime al perderte;

Y las falaces lágrimas que vierte,

Opone astuto á tu invencible brio.

«¡Adónde, clama, adónde

La juvenil beldad, que me ilustra,

Eclipsada se esconde?

Y si ardor de virtudes la abrasaba,

¡Por qué el puro modelo

Robar pretende al corrompido suelo?»

¡Aduladora voz! ¡Clamor aleve,

Con que el rey del orgullo delirante

Aterrar piensa el ánimo constante

Que á hollar su pompa y vanidad se atreve!

¡Di tú, jóven esposa,

Si á esconder vas los dones celestiales

Bajo olvidada losa,

Y si inútil á tí y á los mortales,

Estéril inocencia

En brazos gozarás de la indolencia?

¡Ah! en el sagrado y solitario huerto

Miro entre humildes flores erigido

El tronco augusto, en que de amor herido,

El Dios de los amores pende yerto.

Aquí la paz del mundo,

Y la salud y vida de las tierras,

Y el terror del profundo

Entre tus brazos venturosos cierras;

Y el raudal sacrosanto

Colora en sangre tu virgíneo manto.

¡Sangre de redencion! que vió vertida

De Palestina el monte portentoso,  
Y que ora al sacrificio generoso  
De tu sér precio da de eterna vida.  
Para el hombre culpable  
Logra del cielo la piedad propicia  
Tu holocausto aceptable;  
Y entre el delito puesto y la justicia,  
Sobre la insana gente  
Que descargue sus iras no consiente.  
Te ofreces, sí. Mas ¡ay! qué niebla oscura,  
De horror, de pena y de aflicción cargada,  
En denegridas luces inundada,  
Amenaza feroz tu frente pura?  
Yo escucho del averno  
Las serpientes silbar; ya la tristeza  
Clava el puñal interno;  
El sol huyó; la oscuridad, que empieza,  
Y la imagen del crimen  
Tu desolado corazón oprimen.

El rostro de inocencia lastimado  
Vuelves, buscando en tu dolor consuelo;  
Y ves la cruz, y en ella al Rey del cielo  
A la inmensa justicia abandonado.  
Bebió el vaso infinito,  
Do rebosaron las divinas iras,  
Por ajeno delito.  
Oh tú, que al nombre de su esposa aspiras,  
Por tu culpa y la ajena  
Debes gemir; tu dignidad lo ordena.  
¡Lloras? ¡Llanto feliz! ¡Tierno rocío,  
Que de aflicción las flores fecundando,  
Produce de clemencia el fruto blando,  
Logrado en tu penar, al mundo impio!  
¡Padeces? ¡Ay! ¡padeces!  
Por tu tormento en la angustiada tierra  
La paz y el bien florece:  
Desparece, oh maldad; huye, ímpia guerra;  
Y al reino del espanto

Víctimas robe tu encendido llanto.  
Que tal poder el soberano Esposo  
Dió de la esposa, que suspira, al ruego,  
Tiende al mundo los ojos. ¡Ves el fuego  
De la verdad quemarlo? ¡Ves ansioso  
La cuchilla el hermano  
Sobre el hermano alzar? ¡Al pié no miras  
Del pálido tirano  
Yacer el hombre? ¡El humo no respiras,  
Humo de sangre y muerte,  
Que la discordia enfurecida vierte?  
Jehová, el justo Jehová desde la cumbre  
De su gloria eternal también lo mira.  
Vela su rostro el ceño de la ira;  
Y en vez de blanda y regalada lumbre,  
Furor y ardores lanza:  
Ya, ya en su mano súbito se enciende  
El fuego de venganza;  
Y ya rugiendo asolador descende  
Sobre el mundo enemigo  
El ráido ministro del castigo.

Mas ¡oh! si de terror y espanto llena,  
Cubre los orbes nube denegrida,  
Y el rayo ardiente, que bramando anida,  
Ya en el culpado corazón resuena,  
Las manos virginales  
Y el rostro ardido en caridad levantas;  
En bien de los mortales  
Brotan tu corazón lágrimas santas;  
Y en el pecho doliente  
Nace el suspiro de piedad ferviente.  
¡Salud, oh mundo! Por tu bien suspira,  
Y de amor é inocencia coronada,  
Ya contra tus maldades fulminada,  
Sobre sí llama la celeste ira.  
Del Dios, que tú has herido,  
¡No ves cómo á la cruz los brazos cifie?  
¡No ves cómo el vestido  
En los torrentes de su sangre tifie,  
Y su ruego inocente  
De Jesús une al ruego omnipotente?  
Venza al del crimen tu clamor, ¡oh esposa!  
Venza, y al pié del tronco ensangrentado  
Gime, donde el cordero no manchado

Víctima eterna del amor reposa:  
Ruega, que acepto sube  
Tu ruego y sacrificio al santo cielo.  
Ya la funesta nube  
Despareció; respira, ¡oh triste suelo!  
La vengadora espada  
Jehová depone de la diestra airada.

## X.

## EL CANTO DEL ESPOSO.

En una profesion religiosa.

«Pues ya, si en el egido  
De hoy más no fuere vista ni hallada,  
Diréis que me he perdido.»

SAN JUAN DE LA CRUZ.

El amante sagrado,  
Que de la cruz pendiente nos convida  
Al seno regalado,  
A la preciosa herida,  
Del misero mortal asilo y vida;  
Cual suele tierna el ave  
Su consorte arrullar desde la rama,  
Con dulce voz suave,  
Que caridad derrama,  
La nueva esposa á sus verjeles llama.  
Oye, feliz esposa,  
Oye su voz; que el céfiro callado  
Ni juega con la rosa,  
Ni vaga en el collado,  
Por no turbar su acento enamorado.

«Vén, ¡ay! esposa mía,  
Dice herido de amor, vén; ¡floreciente  
No ves la cumbre fría  
Del Líbano eminente,  
Que de alto hielo coronó su frente?  
»Mas ya corre sonoro  
A fecundar las plácidas praderas,  
Volcando arenas de oro;  
Ya alfombra sus laderas  
De guirnalda de flores placenteras.  
»Huyó el sañudo invierno:  
Huyó del prado la tiniebla umbría,  
Y ya el Favonio tierno  
Al valle su alegría,  
Y su luz clara restituye al día.  
»Ya verdes respandecen  
Las viñas de Engaddi; del fruto amado  
Sus vides se enriquecen;  
Ya en el bosque ha sonado  
De la tórtola el canto lastimado.  
»Vén, ¡ay! dulce amor mio;  
De las vertientes del Hermon nevadas  
Baja el blando rocío;  
Su florestas hermosas  
Jericó esmalta de purpúreas rosas.

»No es ya la noche dura,  
Cuando, cubierto de escarchado hielo  
Entre la niebla oscura,  
Amante y sin consuelo,  
Me vió á tu umbral entristecido el cielo.  
»En el silencio vieras  
Pasar del monte con feroz rugido  
Las despiadadas fieras,  
Y mi pecho afligido  
Buscar en tí consuelo á su quejido.  
»Y la naciente aurora,  
Al derramar sobre el sediento prado  
Las lágrimas que llora,  
Me oyó, de amor llagado,  
Dulce quejarme de tu pecho helado.  
»Mas ya sereno el día,  
En que mi amor triunfase, resplandece  
Vén, pues, esposa mía,  
Ya mi huerto florece,  
Y sus frutos dulcísimos te ofrece.  
»El tronco de la vida,  
Entre olorosas flores levantado,  
Da sombra apetecida;

Pende el fruto sagrado,  
De sencillas esposas deseado.  
»Y yo seré, amor mio,  
De mira para tí manojito tierno,  
Que no ajará el estío  
Ni lo helará el invierno,  
Y que arderá por tí de amor eterno.  
»De los demas pastores  
Desoye el canto y deja la guarida,  
Sepulta tus amores  
En mi huerta escondida;  
Muerte dulce es mi amor y dulce vida.

»Aquí yo las manzanas  
De suave olor arrojaré en tu seno;  
Y cuando á las mañanas  
Brindare el sol sereno,  
Lirios te cogeré del prado ameno.  
»Del prado, que mil fuentes,  
Del altísimo monte despeñadas,  
Riegan: de relucientes  
Azucenas preciadas  
Harémos nuestras candidas moradas.  
»Aquí apacible sueño,  
En mi divino gremio recogida,  
Mientras vuela risueño  
El aura de la vida,  
Gozarás entre flores adormida.  
»Y á las vírgenes tiernas  
Pediré de Sion, mientras fogoso  
Penetra en las cavernas  
Del sol el rayo hermoso,  
Que no turben tu plácido reposo.  
»Y luego en despertando,  
Aromas pedirás, pedirás flores,  
Y con gemido blando  
Te quejarás de amores,  
Y exhalarás la vida en mis loores.  
»Pues qué, si adonde mana  
El blando vino en solitaria parte  
Te llevo, dulce hermana,  
Por más enamorado,  
Y afirmo de mi amor el estandarte?  
»¡Ay! vén; más que la muerte,  
Más que la saña del horrible averno  
La caridad es fuerte.  
Vén, y en mi pecho tierno  
Muere para vivir de amor eterno.»  
Así cantó el Esposo,  
Y el aura celestial lleva su acento  
Con susurro amoroso,  
Y de su blando aliento  
Siente la esposa perfumado el viento.  
Tras los dulces olores  
Corriendo va de su inmortal amado;  
Y hallóle entre las flores  
Del huerto reclinado  
Y de cendales cándidos velado.

## XI.

## EL CÁNTICO DE ZACARIAS.

Bendice mil veces, bendice, alma mía,  
En himno sonoro al Dios de Israel,  
Que manso y clemente visita su pueblo,  
Y fuerte quebranta el yugo crüel.  
David, ya en tu casa, cual padre amoroso,  
El cetro temido fijó del poder:  
Judá vió en sus montes tras largo infortunio  
Salud y ventura al pueblo nacer.  
Así anunciadora de eterna palabra  
La voz de sus santos su oráculo fué,  
Y desde los tiempos primeros del mundo,  
Profetas y ancianos suspiran por él.  
Su mano nos salva del crudo enemigo,  
Que quiso abrevarnos de llanto y de hiel:  
Ni ya temerémos que al pueblo escogido  
Los fieros se atrevan de Edom y Betel.  
Si fué á nuestros padres un Dios de clemencia,  
Y libres salieron de Egipto y Babel,  
La santa promesa no olvida, que oyeron  
De fuego bañadas las zarzas de Oreb.

Abram, nuestro padre, oyó su promesa;  
Juró el Dios inmenso, altísimo y fiel  
Bajar á sus hijos, y manso y benigno  
Del crimen antiguo la víctima ser.  
Y libre y contento Israel ya no debe  
Ni mano enemiga ni espada temer:  
Adore á su Dios, y observe obediente  
La ley promulgada al santo Moisés;  
Y goce en eterno serenos los días  
Que van á nacerle de gloria y placer.  
Candor y justicia la plebe coronen;  
Que el Dios de sus padres descende á Salen.  
Y tú, feliz niño, profeta llamado  
Serás del Señor; porque irás ante él,  
Abriéndole paso por rudos desiertos,  
Y de áridas peñas brotando la miel.  
Ahuyenta la culpa del pecho malvado,  
Y siembra en las almas divino saber:  
Prepara los frutos al Sol de justicia:  
Salud é indulgencia será en Israel.  
¡Oh dulce clemencia! ¡Oh entrañas de padre!  
¡Oh Dios bondadoso! El hombre ¡quién es,  
Que así en las alturas naciendo benigno,  
Sus tristes mansiones ilustran tus piés?  
La luz nace al mundo, que en densas tinieblas  
Y en sombras de muerte lanzado se ve.  
Mortales, seguidla; pues ella nos muestra  
La senda dichosa de paz y de bien.

## XII.

## A SILVIO, EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Y quién podrá, mi Silvio, el lloro triste  
A tu lloro negar? Ya de mi pecho  
Ronco se exhala el canto del gemido,  
Y en torno vuela á mi enlutada lira  
El genio del dolor. ¡Ay, tu contento  
Se sepultó en las sombras de la tumba!  
No darán ya tus paternales labios  
El ósculo de amor.... Las dulces gracias,  
Recien sembradas en el rostro hermoso  
Por la inocencia cándida, volaron  
Ante el helado soplo de la muerte.  
Así tal vez la rosa que mecieron  
Los céfiro de Abril, destronca impío  
El Noto silbador, cuando á deshora  
De la espumosa Sirte se desata.  
¡Oh Dorila! ¡Oh beldad! ¡Oh tierno padre!  
¡Oh nombre de dolor, que en otro tiempo  
Tu corazón, mi Silvio, enajenaba  
En gozo celestial! Del seno herido  
¡Quién te podrá arrancar la aguda flecha?  
Cuando del Bétis á la amena orilla  
Viniste á ser de la injuriada Témis  
Severo vengador, con triste acento  
Te anunció lucha eterna contra el crimen  
La voz de la amistad. El brazo armado  
Cantó del malhechor, la espada impía  
Contra el amigo pecho enarbolada,  
Y la calumnia atroz, que sobre el justo  
Tiende de la maldad el negro velo.  
Mas ¡ay! que no anunció tan cruda pena  
Su profética voz. La Parca esquivaba  
Tu placer acechaba desde el Bétis,  
¡Cómo desapareciste, lumbre clara,  
De los paternos ojos, con tu ausencia  
A lágrimas sin fin ya condenados?  
¡Qué nubes te eclipsaron, tierna aurora,  
En tu primer albor? Brillaste pura,  
Como el astro sereno de la tarde  
Se mece entre los plácidos reflejos  
Del sol occidental. ¡Ay! luce apenas,  
Y á las mansiones lóbregas de ocaso  
Baja en curso veloz. ¡Súbita huiste,  
Y en la noche del tñmulo te ocultas!  
No hay más amor, oh Silvio. Aquí encerrados  
Yacen los tuyos so la losa fría,  
Y eternos yacerán.... Gemidos, lloro;  
Lloro desolador.... ¡Hé aquí tu suerte!  
No halagará ya el aura del consuelo  
Tu frente dolorida: no en tus labios

Hallará la amistad blanda sonrisa.  
Porque «¿dó está? mi bien, mi dulce encanto  
¿Dó está, dó huyó?» Al acento lastimero,  
Las hórridas mansiones de la muerte  
«¿Dó está, dó huyó?» te vuelven despiadadas.  
¿Dó está? Mortal, si á la morada oscura  
Te conduce el pesar, donde dominan  
Los lúgubres horrores, y la Parca  
Alza sobre cadáveres su trono,  
Desciende, el llanto calma, y oye atento  
La enseñadora voz de los sepulcros.  
Descendamos, mi Silvio, y los sollozos  
Oprime, que no es dado á humano afecto  
Su centro penetrar. Pavor sombrío  
Mi cabellera eriza. Destemplada  
De mi trémula mano cae la lira.  
¡Region de soledad! A tus umbrales  
Muere el dolor y el gozo, y en tu seno  
La inmóvil eternidad augusta manda.  
Contempla, Silvio, esos despojos frios,  
Reliquias de tu bien, y busca en ellos,  
Si puedes, ¡ay! el rostro de belleza  
Que al tuyo sonrió. ¿Dó están los brazos  
Que en derredor el cuello te halagaban  
Con ternura infantil? ¿Dó fué el asiento  
De aquellos dulces ojos, que al mirarte  
Cual claros astros del amor brillaban?  
Murieron y no son. ¿Y qué los cubre?  
Noche eterna en su velo tenebroso,  
Ó al seno revolaron de la nada.  
Mi Silvio, ¡oyes la voz, voz de constuelo,  
Voz de gozo, que nace cual la aurora  
De entre las nieblas de la noche oscura?  
«Mansion de eterna vida mora el justo  
Que muere en el Señor.» Vive, mi amigo,  
Y vive para tí. Será que un día  
Restituya el sepulcro devorante  
Los despojos del mundo, y animado  
Ese aterido polvo, en lazo eterno  
Al celestial espíritu se anude,  
Y tú padre serás. Esta esperanza  
Repose entre las penas de tu pecho,  
Como entre espinas la purpúrea rosa.  
Salve, santa esperanza: tú en los brazos  
Del divinal amor serás cumplida,  
Cuando el padre, el amigo, el tierno esposo  
Las dulces prendas que perdió recobre  
A nunca más perderlas. Si, mi Silvio:  
El augusto silencio de la tumba  
«Vida sin fin al virtuoso» clama.  
¿Qué es el placer humano? La aura leve,  
Cuando derrama en las nacientes flores  
La lluvia matinal, no más ligera  
Vuela fugaz sobre el sediento prado.  
¿Qué es la edad? ¿Qué es la vida? Cual arroyo,  
Que por los verdes campos serpentea,  
Complacido en regalos, va á perderse,  
A pesar suyo, en el remoto golfo;  
Así el tiempo arrebató en su carrera  
Al hombre y sus afectos, y en su seno  
La eternidad terrible los abisma.  
¡Desgraciado el mortal que su ventura  
Al caduco deleite necio fie!  
Santa virtud, que vivirás eterna  
Después que todo muera, tú eres sola  
El bien de los mortales: tu hermosura  
No deslustran las nieblas de la muerte.  
Ella, mi Silvio, á la mansion de dicha  
Condujo tu Dorila. ¡Venturosa,  
Que el hermoso candor de la edad tierna  
Llevó consigo al plácido sepulcro!  
¿Y nos tros lloramos? Blandas flores,  
No funesto ciprés ni mustio helecho,  
Debemos derramar, mi dulce amigo,  
En la tumba feliz de la inocencia,  
Aquí su pura y amorosa sombra  
Sentirémos vagar. La pena aguda  
Alanzará del dolorido pecho,  
Y ya tranquilo esperarás el día  
Que vuelas en las alas de la muerte  
Al dulce bien que te robó sañuda.

XIII.  
LA PROVIDENCIA.

De la miseria en el profundo seno  
El infeliz decía:  
«No hay Dios: en vano su esplendor sereno  
El padre de la luz al orbe envía.  
»En vano sometida á ley constante  
Gira la inmensa esfera,  
Y en curso igual el Orion radiante  
Sobre el mar del ocaso reverbera.  
»¿Qué es el lazo eternal con que natura  
Los seres encadena,  
Si un Dios injusto su mejor hechura  
A delinquir y á padecer condena?  
»Yo vi, yo vi á las nubes sublimado  
Y triunfante al impío,  
Y de placer y gloria circundado  
Por la tierra extender su señorío.  
»Y mientras goza, el inocente gime  
En la prision oscura,  
Y al són de la cadena que le oprime  
Llora infeliz su indigna desventura.  
»El pan de la afliccion es su alimento,  
Y el lloro su bebida,  
Y ansiando por el último momento  
Arrastra el peso de su amarga vida.  
»No hay Dios donde hay maldad: la espada impía  
Es el Dios del humano:  
Su trono la sañuda tiranía,  
Y la triste virtud un nombre vano.»  
Dijo; y del cielo al muro diamantino  
Lanza gemido ardiente,  
Y el poder blasfemando del destino,  
Cubre entre el polvo vil la faz doliente.  
Mas la verdad sus rayos brilladores  
Desde el empiro envía,  
Y el velo dispó de los errores,  
Que la ofuscada mente oscurecía.  
Vió entonces derrocar en el averno  
El sólio del malvado,  
Y eterna maldicion y llanto eterno  
Exhalar de su pecho atormentado.  
Y al justo en las mansiones de la vida  
Unido al Dios, que implora,  
Bendecir la inocencia perseguida,  
De las pruebas del hado triunfadora.  
Mortal, necio mortal, que un solo instante  
Para morir animas,  
¿Presumes tú dar leyes al Tonante,  
Que hace temblar las celestiales cimas?  
Deja que á la virtud hermosa y pura  
La adversidad persiga,  
Y que al malvado la fortuna impura  
De rosa y de laurel corone amiga.  
Deja al desórden que domine al mundo:  
Vendrá el terrible día,  
Que arranque á la maldad el cetro inmundo  
Y grite el cielo: «la venganza es mia.»  
El alma es inmortal: puede una hora  
Labrar tu eterna suerte:  
Ejerce la virtud.... á Dios adora....  
Y lo demas te enseñará la muerte.

## XIV.

A LA RESURRECCION DEL SALVADOR.  
EL CANTO DE LA ESPOSA.

Virgenes de Judea,  
El tierno canto oid. Hiere la esposa  
El arpa deliciosa,  
Que á su pastor recrea,  
Y canta sus loores  
Entrando en la mansion de los amores.  
«Bálsamo derramado  
Es tu nombre suave. La pastora  
Deja al rayar la aurora  
Pacer libre el ganado;  
Al dulce olor anhela,  
Y en pos de tí por la pradera vuela.

»Y ya de los pastores  
No cuida ni el placer ni los pesares,  
Ni atiende sus cantares,  
Ni escucha sus amores,  
Y solicita ansiosa  
El bosque de la mirra deleitosa.  
»¡Ay! yo busco, bien mio,  
Los campos de azucenas florecientes,  
Y las vivas corrientes,  
Que no seca el estío,  
La esmaltada ribera  
Y los prados de eterna primavera.  
»Y ¿quién podrá arrancarme  
La guirnalda feliz que me has ceñido?  
Ni ¿quién podrá al egido,  
Que moras tú, robarme?  
¡Ay! tú mi pecho heriste:  
De entonces sólo tú mi gloria fuiste.  
»Sólo tú, dulce amado;  
Y ni el blando cantar, ni el bosque umbroso  
Te borrarán, oh esposo,  
Del pecho enamorado;  
Ni la abundante choza,  
Ni del soberbio la veloz carroza.  
»Si; yo te vi pendiente (1)  
Del duro leño, y enlutado el cielo  
Cubrió de negro velo  
Su faz resplandeciente:  
Los rios se turbaron,  
Y los eternos montes vacilaron.  
»Y en la mansion oscura  
De silencio y de muerte pavorosa,  
Bajo la dura losa  
Se eclipsó tu hermosura;  
Cual entre el hielo frio  
Sepulta al lirio el aquilon impío.  
»Mas ya dejas triunfante  
Las sombras del sepulcro y de la muerte:  
Ciñe, oh tú, ciñe, oh fuerte,  
La espada fulminante:  
Venec, tuyo es el mundo;  
Las legiones domaste del profundo.  
»Es tu rostro amoroso  
Más que el sol del cenit puro y luciente:  
Ciñe la bella frente  
De triunfo, oh dulce esposo;  
Al trono de la vida  
Sube á gozar la gloria merecida.  
»Y las tiernas esposas,  
Que en santo amor encadenadas tienes,  
Coronarán tus sienes  
De inmarcesibles rosas;  
Y entre las blandas flores  
Tu beldad cantarán y sus amores.»  
Dijo, y al suave canto  
Enamorado sonrió el esposo,  
Y á su verjel hermoso,  
Del cielo dulce encanto,  
Benigno la convida  
Y le da en su regazo eterna vida.

## XV.

IMITACION DEL SALMO BEATUS VIR QUI NON  
ABIT IN CONCILIO IMPIORUM.

Dichoso el que motines  
Huyó de gente impía,  
Ni entró en la senda umbría  
Que trilla el pecador,  
Ni estuvo en los jardines  
Do el vil placer reposa,  
Escuela contagiosa  
Del vicio y del error.

(1) Los corifeos del oscurantismo, para incomodar al autor, pretendieron persuadir al Rey, cuando por primera vez se publicó esta composición en un periódico de Madrid, el año de 1825, que toda ella, y muy particularmente esta estrofa, hacía alusión á la muerte de Riego. (Nota del Autor.)

Mas siempre meditando  
De Dios la ley sagrada,  
El alba sonrosada,  
El Vesper lo hallará.  
La adora humilde cuando  
El sol en rayos crece,  
La cumple si fallece  
Su luz, vencida ya.

Cual árbol floreciente  
Será, que en los cristales  
Se ve de los raudales  
Que bañan su raíz:  
El fruto refulgente  
A tiempo da seguro:  
Ni ofende invierno duro  
Su copa y su matiz.

No así será el impío,  
No así: cuando hace guerra  
El notó de la sierra  
Al rápido aquilon,  
Las pajas que su brío  
Al suelo ha arrebatado,  
Del triunfo del malvado  
Imágen viva son.

Vendrá el día que quieran,  
De horror y susto llenos,  
Unirse con los buenos  
Los hijos de Betel;  
Mas ¡ay! en vano esperan:  
Su senda va á la muerte,  
Y el Dios terrible y fuerte  
Conoce á su Israel.

## XVI.

## IMITACION DEL SALMO DOMINI EST TERRA.

¿Quién es de la gloria  
Monarca y Señor?  
El Dios de virtudes:  
Cantad su loor.  
Dominio es la tierra  
Del Dios soberano;  
Fundóla su mano  
Sobre ondas del mar;  
Y el orbe que encierra  
Naciones sin cuento,  
Su rayo violento  
Aprende á temblar.

¿Quién es de la gloria, etc.  
¿Quién sube á la cumbre  
Do reina el Potente?  
Quien puro y clemente  
Su pecho guardó;  
Ni apaga la lumbre,  
Que el alma asegura,  
Ni mano perjura  
Con sangre tñió.

¿Quién es de la gloria, etc.  
Salud y clemencia  
Recibe felice:  
Su prole bendice  
El Dios de Raquel.  
Le da la inocencia  
Y el gozo colmado,  
Y el pueblo ensalzado  
Suspira por él.

¿Quién es de la gloria, etc.  
Alzad vuestras puertas,  
Ilustres del cielo,  
Descorre tu velo,  
Mansion eternal;  
Y en ellas abiertas  
Cantad la victoria  
Al Rey de la gloria,  
Triunfante del mal.

¿Quién es de la gloria, etc.  
Con brazo extendido  
Triunfaste, Dios fuerte,

Del Orco y la muerte  
En áspera lid.  
El solio debido  
Te espera, ¡oh glorioso!  
Al Rey poderoso  
Las puertas abrid.  
*¿Quién es de la gloria, etc.*

## XVII.

## IMITACION DEL CÁNTICO DE EZEQUIÁS.

Yo dije: «mi vida  
Llegó á su mitad;  
Y abierto el sepulcro,  
La va á devorar.»  
Los últimos años  
Perdidos son ya:  
En vano los busco,  
Que no llegarán.  
Y dije: «mis ojos  
No vuelvo yo á alzar  
En tierra de vivos  
Al Dios de Isaac.»  
Perdí el dulce suelo,  
Mansion de solaz:  
Perdí de los hombres  
La grata amistad.  
Cual tienda que arranca  
Pastor montaraz  
Y envuelve sus lienzos  
Al rudo estadal:  
Así quedó el seno  
En triste orfandad;  
Que de él á mis hijos  
Robado me han.  
Sañuda tijera  
El hilo vital  
Cortó, cuando apenas  
Ocupa el telar.  
De un sol á mi vida  
La lumbré darás.  
Aguardo otra aurora  
Y vuelvo á penar.  
Cual león mis huesos  
Rompiendo ya estás:  
De un sol á mi vida  
La lumbré darás.  
Yo ciamo cual suel  
Implume piar,  
Sin madre, en el nido  
La alondra vivaz.  
Cual triste paloma  
Medito en mi afán.  
Señor, yo fallezco;  
Tu auxilio me da.  
Mas ¡ay! clamo en vano:  
¿Qué puedo esperar?  
El brazo que hiere,  
¿Sanarme querrá?  
El alma inundada  
De pena mortal,  
Mis años perdidos  
Recuerdo en tu faz.  
Señor, si es tan leve  
La vida que das,  
Destruyeme y vuelve  
Tu hechura á animar.  
Gocé del deleite  
La infiel vanidad,  
E interna amargura  
Turbaba mi paz.  
Mas tú, cual las nubes  
El Bóreas polar,  
Disipas mis culpas  
Y alivias mi mal.  
Que no el que desciende  
Al lago voraz,  
Ni muerte ni abismo  
Tu gloria dirán.  
Te alaban los vivos,  
Y el viejo en su hogar

Anuncia á sus nietos  
Tu excelsa bondad.  
Libértame, ¡oh padre!  
Y haré resonar  
Con salmos eternos  
Tu santa heredad.

## XVIII.

A mi amigo don José de Musso y Valiente, habiéndome regalado una copia del Niño Dios durmiendo, del cuadro de Rafael, litografiado por su hija doña María de la Encarnación Musso y Valiente.

Yace vestido del humano velo  
El Dios de los amores poderoso,  
Y oculta en blando sueño y misterioso  
La majestad que adora el alto cielo.  
De inocente candor dulce modelo  
Eres, ¡oh tierno niño y amoroso!  
Y al culpado, que el mar tempestuoso  
Surcó de las pasiones, das consuelo.  
La mano de una angélica hermosura  
Copia la sacra imagen, trasladada  
Del gran genio que el Tiber reverencia.  
Y en la copia escribió la amistad pura:  
«Alivio á la vejez desengañada,  
Dado por la beldad y la inocencia.»

## LÍRICAS PROFANAS.

## I.

Á LA RESTAURACION DE BUENOS-AIRES  
EN 1806.

¿Quién roba de mi cítara suave  
Las rosas que algún día  
Vénus, Cupido y Febo le cifieran?  
¿Cuál númen soberano me presenta  
El lauro refulgente,  
En vez del mirto que adornó mi frente?  
Dulce cantar, del corazón delicia,  
Himnos que di engañado  
Un tiempo á la beldad perecedera,  
Huid con su ilusión, que ya sublime  
Con generoso anhelo  
Al arduo templo de la gloria vuelo.  
¿Qué nuevo grito de victoria escucho  
Girar por su alta cumbre?  
¿Es el scita feroz, de quien el trace  
Ya acobardado y fugitivo tiembla?  
¿Es el galo animoso,  
Del Vistula y del Albis victorioso?  
Mas ¡oh! que desde el margen apartado  
Del Paraguay inmenso  
Vuela sobre los golfos de Occidente:  
Victoria, clama, á la indomable España;  
Y el eco repetido  
La playa aterra de Albión vencido.  
¿Dó está la fuerza y el orgullo osado  
Que el piélagos espumoso  
Abrumó con mil naves? Si soberbio  
Al dilatado mar impone leyes,  
Ya entre sus turbias olas  
Huye de las banderas españolas.  
Tú en tus murallas dominar los viste,  
Metrópoli opulenta,  
Reina del Paraguay; cual pronto brilla  
Relámpago veloz, y luce apenas,  
Cuando á la parda nube  
A sepultarse entre sus sombras sube.  
De la traición, no del valor vencida,  
Su yugo padeciste:  
Allí cantaron himnos de victoria  
Los fieros de Albión; de tus tesoros  
Su codicia saciaron,  
Y el cetro de la América empuñaron.  
Empero ¡cuál cohorte valerosa

A tus muros se acerca?  
Llega, combate, aterra: el orgulloso,  
Que nuevos triunfos de ambición soñaba,  
Humilde gime ahora,  
Y la piedad del vencedor implora.  
Ilustres vencedores, ya respira  
La América angustiada:  
Ya el tirano del húmido tridente  
Huye al seno del mar, y un solo día,  
Una sola victoria  
Os sublima al alcázar de la gloria.  
Mas ¡ay! velad: no el sueño del descanso  
Mortífero os sorprenda  
A la sombra falaz de los laureles.  
¿No veis cruzar por el cerúleo Estrecho  
Las naves empuñadas,  
De muerte y de furoros recargadas?  
¡Ay! que ya de guerreros nuevo enjambre,  
En ira y rabia ardiendo,  
La tierra infesta apenas libertada.  
¿No ois tronar el bronce, hervir el golfo?  
¿No veis al golpe duro  
Cuál se desploma el tresdoblado muro?  
Ya la mal defensible fortaleza  
Cayó que os guarecía,  
Tristes pueblos, doblad la frente  
Al fiero vencedor. El yugo impío  
Que os imponga orgulloso,  
Haga la sumisión menos gravoso.  
Si; que ya marcha en escuadron cerrado  
De innumerable gente,  
No á lidiar, á rendir; viene en su furia,  
Imágenes sombrías meditando  
De robo y de matanza,  
A saciar su rencor en la venganza.  
Volvieron, sí; mas en la lucha fiera  
Otra vez encontraron  
Hijos de España. El rayo de Mavorte  
Brilla en sus diestras; las guerreras frentes,  
Coronadas de gloria,  
Cifne el sacro laurel de la victoria.  
El pueblo, sus hogares defendiendo,  
Al soldado se iguala,  
Y el soldado á los héroes: trueno ardiente  
El cañon, y en mil ecos alternado  
Su horrisono estallido,  
Dilata hasta los Andes el sonido.  
En sus armas y número confía  
El escuadron britano,  
Y ardiendo en saña el animoso ibero,  
En su constancia y su valor. La patria  
Ve expuesta al trance fuerte,  
Y arrostra por su amor la cruda muerte.  
Cayó el tirano en fin! ¡Victoria á España!  
A los ilustres hijos  
Del Ebro y Tajo inmarcesible gloria!  
¿Acaso siempre triunfará el impío?  
¿El hispano ardimiento  
Cederá al genio de Albión sangriento?  
¡Ah! no: aquellos valientes en un día  
Las victorias vengaron  
Que el envidioso mar robó á la España.  
De Trafalgar los manes insepultos  
Las playas recorrieron,  
Y en la lid sus espadas dirigieron.  
Pueblo español! Tres siglos de infortunio,  
De esclavitud horrenda,  
A mancillar tu gloria no han bastado:  
El valor, la constancia es tu divisa;  
Y esclavo ó soberano,  
La suerte tuya fijará tu mano.  
Las águilas del Tiber, los enjambres  
Del Báltico nevoso,  
Y el árabe feroz y mil tiranos  
Pasaron; mas tú, augusto entre ruínas  
De un trono y otro hundido,  
Sobrenadas al tiempo y al olvido.  
¿Cuál tu suerte será? Si tu cadena  
Alguna vez rompíese,  
Y esa constancia indómita animase  
La santa libertad, ¡ay! aquel día  
En sempiterno abismo

Se hundirá el insolente despotismo.  
Sobrevivió del galo á los furoros:  
El taciturno isleño  
Al mar lo desterró; viciosa Italia  
Sobre el altar que le erigió le mofa;  
Mas su postrer ruina  
Al denodado ibero se destina.

## II.

## LA VICTORIA DE BAILEN.

Tronó la alzada cumbre de Pirenc,  
Y sobre el suelo hispano  
Lanzó horrorosa nube de asesinos,  
Y las madres de iberia al triste pecho  
Los hijos estrecharon,  
Y piedad y venganza reclamaron.  
Pasa el dorado Tajo y las vertientes  
Del Mariano monte  
La caterva sin ley. Nuevas matanzas  
Viene y nuevos destrozados meditando;  
Y en su furor sañoso  
Dijo entónces el bárbaro orgulloso:  
«Venid, y en la florida Andalucía  
De oro y sangre saciemos  
Nuestros sedientos pechos. Sús, varones:  
¿No sois los invencibles que llevaron  
Muerte, luto y ruina  
Del Rhin a la remota Palestina?  
Mirad vuestros laureles. Retefidos  
Están de sangre humana,  
Y de inocente lloro salpicados.  
Teñidlos más y más. *Que gima el hombre:*  
La Bética asolada  
Nuevos triunfos reserva á nuestra espada.  
Y ¿qué, la España aclaman y Fernando  
Esa misera gente?  
¿El yugo esquivan que se digna darles  
El gran Napoleon? ¡Necios! perezcan,  
Y allá en la tumba fria  
Los laureles recuerden de Pavía.»  
Así dijo aquel fiero, que tendiera  
Sobre el Arno florido  
Los silenciosos velos de la muerte.  
No olvidarás, Arezo, su barbarie,  
Ni tú, playa tirrena,  
De cuerpos muertos de tus hijos llena.  
Y marchan, y en el Bétis centellea  
El águila ominosa,  
Y en los muros de Córdoba asolada:  
El campo hermoso, que la estéril nieve  
Burló de Enero yerto,  
El hórrido cañon vuelve en desierto.  
Mas ¡oh! ¡cuáles banderas se desplegan  
Contra el águila altiva?  
Forjóse el rayo en el ardiente seno  
De Híspali: la leal: ya despedido,  
Venganza amenazando,  
Los aires que atraviesa va quemando.  
¿Huyes fiero? ¿Ya tiemblas? ¿Nuevo emjambre  
De bárbaros no miras  
Que sangre y oro enfurecidos claman?  
¿Huyes, y el ancho Bétis interpuesto  
Y la sierra fragosa  
Aun no aseguran tu crueldad medrosa?  
Españoles, volad. Hijos de Marte,  
Que el Ganges y el ocaso  
Hicisteis resonar con vuestro nombre,  
Volad, arrebatad á esos perjuros  
Sus laureles odiosos,  
A la misera Europa tan costosos.  
Castaños inmortal, nombre de triunfo,  
Dulce alumno de Pálas  
Y querido de Marte, á tí encomienda  
Su justa causa España: la victoria  
Tus estandartes guía,  
Y su temido rayo te confía.  
A la gloria conduce y la pelea  
La juventud ardiente,  
Que el sol occidental benigno mira.  
Esgrima, esgrima el paternal acero,